



www.loqueleo.com/es

© 2019, Rafael Ordóñez

© 2019, Mariona Cabassa

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-337-5

Depósito legal: M-39.087-2018

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: marzo de 2019

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Al desierto por un pez

Rafael Ordóñez

Ilustraciones de Mariona Cabassa

loqueleq

Para Javier Agra, mi amigo.

¡Qué poco aguantan los peces!

Los sábados son días diferentes. Puede pasar cualquier cosa, no hay clase y muchos padres tampoco van a trabajar. Hay veces que los niños se aburren. Todo el mundo sabe que una videoconsola es más divertida que un pez. Sobre todo, más divertida que Colita.

Lucía y Nerea son hermanas, mellizas, los sábados no van al cole y a veces se aburren.

Colita era un pez que Javier, el padre de las chicas, les había regalado. Las mellizas habían estado durante dos meses dando la paliza para que les compraran un perro. Querían una mascota y, aunque parecía

increíble, se habían puesto de acuerdo en que fuese un perro.

8 Raquel, su madre, que era quien mejor las conocía, y que quería mucho a todos los perros del mundo, se opuso rotundamente. Decía que las chicas eran muy descuidadas y que tener una mascota es una gran responsabilidad, hay que cuidarla, darle su comida, tenerla aseada y bla, bla, bla...

Pero es muy difícil resistirse a dos hermanas de once años repitiendo la misma frase unas veinte veces a la hora, durante catorce horas al día, todos los días de todas las semanas de dos meses seguidos.

—Queremos un perro. Queremos un perro. Queremos un perro.

La paciencia de los padres suele ser grande, pero tiene un límite.

—Está bien —dijo por fin Raquel cerrando los ojos y levantando la mano derecha—,



vamos a hacer un trato. Como lleváis dos meses dando la tabarra con lo del perro, os vamos a comprar un pez.

—¿Y cómo es un perro-pezo? —preguntó algo confusa Nerea.

10 —Un perro-pezo no, un pez. De los que están dentro del agua.

—Pero nosotras queremos un perro —aclaró Lucía.

—Bueno, bueno. Os compramos un pez y, si sois capaces de cuidarlo bien durante tres meses, hablamos en serio de lo del perro.

Javier ya iba a hablar, pero su mujer le guiñó un ojo y le hizo un gesto para que esperara. Las mellizas no decían nada, se miraban la una a la otra, ninguna de las dos quería ser la primera en contestar.

Siempre que tenían que tomar una decisión difícil pasaba lo mismo. Esperaban a que la otra hablara primero. Así, si salía

mal la cosa, la que se había callado le podía echar la culpa a la que había hablado antes.

—Si no decís nada es que no queréis una mascota. Pues, bueno, asunto arreglado.

—Bueno, sí queremos —dijo Lucía buscando el apoyo de su hermana con la mirada.

11

Nerea sonrió.

Aquella tarde fueron con su padre al centro comercial para elegir su primera mascota. Después de muchas discusiones se llevaron un pez naranja de ojos saltones al que bautizaron como Colita.

Los primeros días todo eran atenciones, pero al cabo de una semana, cuando se dieron cuenta de que Colita era bastante aburrido, dejaron de hacerle caso.

Raquel las había regañado varias veces porque la pecera estaba sucia. Y aquella

mañana de sábado estaba más sucia que de costumbre. Tan sucia que Colita no pudo resistirlo y se murió. Precisamente era el día en el que acababa el plazo.

Cuando Raquel entró en la habitación de las niñas las encontró discutiendo.

12 —Yo tenía que darle la comida, y tú cambiar el agua.

—De eso nada, eso era los días pares, los impares era al revés.

—No, los impares era yo la que...

—Hay que ver qué poco aguantan los peces —dijo desilusionada la madre viendo al pobre Colita flotando en la pecera—. ¿Y vosotras eráis las que queríais un perro? Sois unas irresponsables.

Raquel no dijo nada más. Se dio la vuelta y cerró la puerta. Las mellizas se quedaron calladas, pero esta vez no se miraban, las dos estaban muy avergonzadas.

Unos minutos después apareció la cabeza de Javier por detrás de la puerta de la habitación de sus hijas.

—¿Quién se viene al híper? Después de la compra igual hay un helado para las ayudantes.

Pero las chicas no dijeron nada. Estaban un poco tristes por lo que le había pasado a Colita. Su padre insistió.

—Pues quien no se venga tendrá que hacer la comida con mamá. Y creo que hoy no está de muy buen humor.

—Me voy a poner las zapatillas nuevas —dijo inmediatamente Lucía.

—Y yo también, pero con los cordones amarillos —añadió su hermana.

Cinco minutos después, las mellizas se ajustaban los cinturones de seguridad de los asientos de atrás del monovolumen familiar.

Dos meses dando la lata:
¡Queremos una mascota!
Y al final, qué mala pata,
el pez se nos muere y flota.

Hipermercado

Los centros comerciales son muy grandes, hay un montonazo de tiendas y todos tienen, además, un gran hipermercado. 15

Claro, como es muy grande, tiene de todo: ropa, libros, artículos de limpieza, juguetes y comida, mucha comida. Demasiada comida.

Eso era lo que pensaba Javier, el padre de las mellizas, cuando leyó la lista de la compra que le había hecho su mujer. La primera anotación ya era un problema.

—Leche, y lo pone así, sin más —murmuraba Javier mirando los estantes donde podía ver más de treinta tipos y marcas de

leche diferentes—. ¿Cuál cojo? Niñas, ¿sabéis qué leche es la que compramos?

—Semidesnatada —dijo Lucía.

—No, fresca con calcio, para los huesos —se rio Nerea.

—No, con cloro, para la piscina.

16 —Desnatada enriquecida con nata.

—Aunque a veces compramos bebida de soja.

—Que parece leche, pero no lo es, porque sería muy difícil ordeñar una soja, que es como un guisante, pero más gordo. ¿Quién ha ordeñado alguna vez un guisante? Tiene que ser alguien pequeño, porque un guisante es muy pequeño. Por cierto, hay un cuento en el que...

—Vale, vale, no te enrolles, Nerea.

—Sí, hermanita, pero recuerda que la última vez mamá compró leche con isoflavonas...

—Porque no había con bífidus...

—¡Ya está bien! —interrumpió el padre—. Se ve que se os ha pasado muy rápido el disgusto por Colita. Voy a llamar a mamá un momento, que me vais a volver loco.

—¿Podemos coger algún refresco?

—Vale, vale, pero poneos de acuerdo y no os enrolléis mucho. Sí, Raquel. —Javier se dio la vuelta y las mellizas aprovecharon y se fueron a la zona de las bebidas.

Aquel pasillo llamaba mucho la atención. Los refrescos suelen venir envasados en botellas y latas de muchos colores. Las niñas sabían lo que querían, a Lucía le encantaba el refresco de naranja.

Cada una cogió seis latas de su bebida favorita.

—Lima-limón —dijo Nerea—, con muchas burbujas para tirarme pedos como las brujas.

—¿Has visto este? Debe ser nuevo. Solo queda una lata. Se llama ZumOriente. —Lucía cogió una lata de color lila que nunca habían visto—. Tiene dibujado un genio de esos de los deseos, como el de Aladín.

—¿Y de qué es?

18

—Aquí pone... Espera. —Lucía leía con cierta dificultad porque las letras de la lata eran muy pequeñas—. Pone que está elaborado con agua carbonatada, azúcares, extractos, correctores de acidez, aromas, edulcorantes, conservantes, antioxidantes, estabilizantes, colorantes, acidulantes, luego vienen un montón de números y ya está, nada más.

—¿A qué sabrá? ¿Estará bueno? ¿Tendrá muchas burbujas?

—Pues no sé, nunca lo había visto.

—¿Lo probamos? —preguntó Nerea en voz baja mirando a su alrededor para comprobar que nadie las veía.

—Venga, vale, dámelo.

—De eso nada, la abro yo.

—Ni hablar.

Las mellizas comenzaron a forcejear y a tirar cada una para un lado. En uno de los movimientos la anilla cedió y la lata se abrió.

19

Entonces sucedió. Las dos hermanas se quedaron paralizadas al ver cómo de la lata salía una pequeña nubecilla de color lila que poco a poco se iba agrandando, se hacía más y más espesa hasta que apareció, entre las volutas que se desvanecían, un genio no demasiado parecido al que venía dibujado en la lata.

Aquella figurilla resultaba muy curiosa, casi estrambótica. Era calvo y tenía barba y perilla, pero muy finitas. Llevaba un chaleco negro con remates dorados y unos pantalones bombachos de color desierto, calzaba

unas babuchas cuya punta se enrollaba como si fuera un regaliz redondo. En la cabeza tenía un fez, un gorro como un cono cortado, y, además, en su oreja izquierda relucía un pendiente, un aro de oro gordo gordo.

20 Las hermanas no salían de su asombro, miraban al genio y se miraban entre ellas, y volvían a mirar y remirar una y otra vez. Pero ninguna de las dos decía nada, estaban solas en aquel pasillo con aquel ser estrafalario.

El genio las contempló descarado, de arriba abajo, durante más de un minuto.

—Vaya, vaya. —Su voz sonó como la de un niño—. Debo estar muy mal. Veo doble.

Lucía se tapó la boca con la mano, pero Nerea fue más espontánea y se rio.

—¿Eres un regalo de la lata? ¿Un peluche japonés?

—No, será un robot de esos que hacen de todo.

—¿Un robot? ¿Qué es eso? Debéis estar mal de la cabeza. ¿Y vosotras quiénes sois? —preguntó el genio algo molesto.

Las chicas se miraban divertidas.

—¡Mmmm! ¿Y dónde estamos? —siguió preguntando el genio mirando curioso a su alrededor.

21

—Pues dónde vamos a estar. En el híper, haciendo la compra de la semana. Nuestro padre está liado con la leche...

—Es que el pobre no sabe cuál coger...

—¿Híper, leche, padre? —balbuceó el genio.

—Bueno, ¿y tú quién eres? —preguntó Nerea.

—¡Ah, sí! Perdón por no haberme presentado, he sido un poco desconsiderado con mis libertadoras. Si tenéis un momento os contaré, así por encima, la historia de mi vida. Bueno, de mis vidas.

—¿Has vivido muchas vidas?

—Cuenta, cuenta.

Encontramos en el híper,
dentro de un refresco raro,
un genio calvo, ¡qué flipe!,
que nos habla con descaro.